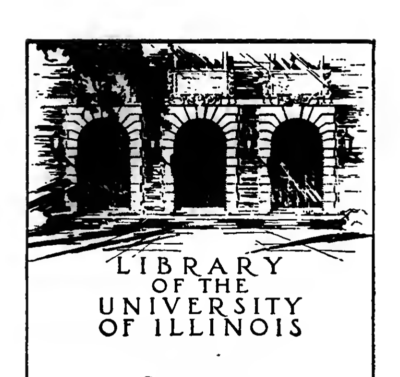
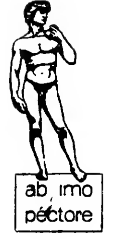



ab imo
péctore

Elegías de ayer

"VIRTUS"
EDITÓ ESTE LIBRO
FLORIDA 32
Bs. As
MCMXVIII



Elegias de ayer
poesias de
Arturo Vazquez Cey

Como las estatuas

Suena lejano, muy lejano, un piano.
El sol, inmenso y rojo, me vigila.
Es la tarde tranquila,
Tarde maravillosa de verano.

El aire huele a cálidos jazmines,
Y hay en todo no sé qué lontananza
De pérdida esperanza,
En un sueño de blancos serafines.

Y siento el alma toda de suspiro,
Mientras suena la vana melodía,
Y el sol en lejanía
Desfallece entre sombras de zafiro.

Está lleno de adiós el firmamento.
Pasan las nubes grandes y serenas;
Sus flancos de azucenas
Orla el vasto crepúsculo sangriento.

¡Amargura! ¡amargura! funerario,
Me dice el suave encanto vespertino,
Y siento mi destino
Velarme de pavor como un sudario.

¡Oh' ser triste y amar todas las cosas,
Volvió al mundo mi trágico enemigo,
Y están sólo conmigo
Las estrellas, las brisas y las rosas!

Y anhelo calma pura, vanamente,
Perdido entre los hombres con mi ruego
Espíritus de fuego
Tornan mi corazón ébano ardiente.

Gira la sideral Naturaleza.
En ella mueren las constelaciones,
Y a las generaciones
Tiende en vano sus himnos la Belleza.

Entre sombra avernal, Nerón eterno,
Rige el instinto trágico a los seres.
Son los amaneceres
Del Bien obscuros como los de invierno.

Serenidad, bajo tu palio de oro,
Querría deshojar mis asfodelos,
Nocturnos y a los cielos
Tender mi corazón como un tesoro.

Disperso en vasto polen de armonía,
A los vientos del odio, o en la inmensa
Hostilidad que piensa
De lo creado, en luz florecería.

Sueño en la paz de las estatuas. Puras
Se yerguen—así yérguese el destino—
Pasa el ave y el trino
Ellas perduran, blancas y futuras.

Ellas perduran, claramente graves,
Bajo las orbes de oro del arcano
Azur, entre el humano
Dolor que pasa cual dispersas naves.

Norma de las serenas venturanzas,
Proferida por Dios en las supremas
Lumbres de los sistemas,
Palpitante en las olas y las danzas,

Aguardo el vuelo que a tu bien me lleve;
Mi corazón en su gemir disperso
Se abrirá al Universo,
Hermano de la estrella y de la nieve.

Monótonos jardines melancólicos

Jardines tristes, pálidos jardines
De la lujosa calle taciturna,
Enfermo de crepúsculo y olvido,
Os amo, melancólicos jardines...

Del fausto muerto del hermoso antaño
Sólo perdura alguna estatua pura
Entre las frondas; la mohosa fuente
Sueña en las cosas del feliz antaño.

Por las sendas calladas, dulces sombras
Pasaron; por las sendas solitarias
Que custodian estípites enormes,
Eterno amor juráronse dos sombras.

La opaca hiedra del verdoso muro,
El blanco mirador de las glicinas,
Evocan el pasado, melancólicos.
Destella el sol en el verdoso muro.

De noche, en la glorieta abandonada
Canta el grillo monótono. De noche,
Las luciérnagas vívidas encienden
Las sombras de la casa abandonada...

Elegía

Agudos cipreses la tarde escarlata
Llenaban de vasto dolor religioso.

El viento azotaba nocivo y huraño.
Un son de campanas, siniestro, moría.

Tras muros verdosos de viejos ladrillos,
Ocultos jazmines nevaban perfume.

Mis pasos la hierba lustrosa apagaba.
Un buey me seguía con ojos de oro.

Visiones de infancia, dulzuras pueriles,
Me daban no sé qué ideal primavera.

Sonrisa en el hombre del almo universo,
En mí, la de amor, juventud sonreía,

Cual mudas sonríen en vasos de plata
Las rosas marchitas, copiosas de polen.

En ópalo inmenso de luz visionaria
Se hundían las formas del frío crepúsculo.

La ignota adorada de quietas pupilas
De brazos rientes que ciñen olvido,

En vano llamaban, divinas, mis lágrimas.
Gemía la muerte, cerrando el camino.

Horror indecible corrió por mis carnes.
Pensaba en la huesa. Marché solitario.

(Te así, Voluntad, pío cetro del alma)
Las cosas flotaban en ébano etéreo.

Borraba los altos cipreses la noche.
La Cruz flameante, lucía serena.

Hermosa en el puro silencio, la luna
Brilló tras el filo de negro ciprés...

Alas mutiladas

Tras la cúpula roja de la iglesia,
Cual titánica antorcha de rubíes,
El sol alumbra el horizonte inmenso.
Fragante, Marzo muere.

Voy con el alma atónita de pena,
Por la fúlgida plaza solitaria.
Lúgubre tedio inexpresable enluta
Mi corazón magnífico.

Llamea el oleandro floreciente.
Opaca sombra verde se difunde
En torno. Los senderos son de sangre.
Se oculta triste el sol.

Me emponzoña el contacto de los viles.
Nací para vivir vida soberbia,
Ciñendo mi dolor cual rica púrpura,
Lejano de los hombres.

¿Por qué, fulgente de esplendor sidéreo,
Marcho entre el lodo de los bajos seres?
El coro vagaroso de las Pléyades
Arde sobre un ciprés...

La anhelada primavera

¡Oh suave primavera
Del alma solitaria!
¡Oh tórtolas divinas
Que en mi dulzura cantan!

Huyeron los engaños,
Ríe serena el alma;
Es una rosa de oro
En lágrimas lavada.

Misterios del olvido
Feliz aroma exhalan.
El pasado, sepulcro,
Orné de flores albas.

Cual nubes, cual corderos
En nítida mañana,
Ignoradas quimeras
Embellecen el alma.

Enjoyaron estrellas
Fragantes mis sandalias.
Camino del futuro,
Estoy calzado de alas.

Gozo el deslumbramiento
De lo nuevo. Me abrasa
Sublime llama augusta.
La Eternidad irradia.

Alegría, la diosa,
Su ocarina de plata
Suena en el pío reino
De la Ilusión sagrada...

En noche de antaño

Sufro perdido en la tiniebla ardiente.
Corren llamas obscuras por mi frente.
La noche en claridades azuladas
Brilla. Suenan sin rumbo mis pisadas,

Como las de un espíritu lejano
En el vial tenebroso. ¡Hermano! ¡hermano
Que nunca llegas! el horror propaga
En mí sus fuegos pálidos, cual daga,
Llevo el dolor divino de los mundos
Clavado en mi silencio. Los jocundos
Humanos me emponzoñan de agonía.
La blanca muerte, solitaria espía.
Eres de nada, moriré sin verte,
Hermano puro y fiel, más que la muerte,
Y sólo he visto negros corazones,
Bajo el amor de las constelaciones.
Acaso, Dios que al ave le dá el trino
Me descubre en mi pena mi destino,
Y la sombra letal que me rodea
Las viles arras de mi gloria sea.
Me sonríen los cielos con dulzura.
Cantan los grillos en la noche obscura.

Como el leño en llamas

Bebo terribles lágrimas en vaso
De espinas. Hombres del mirar jocundo,
Que me véis vacilar en este mundo
Vuestro, bebiendo lágrimas yo paso,

Enceguecido por constelaciones,
Dueño de rosas y albas. El dolor
Me ha dado innumerables corazones.
Es mi melancolía toda amor.

Y he de morir en el divino empeño
Que fija la razón de mi existir.
Ardo en ensueño como en luz el leño.
Consumido de ensueño he de morir.

Nocturno en primavera

Septiembre, cual un nítido hechicero,
Sepulta en flores al invierno amargo.
Ya sonríe rosado el duraznero.
Las noches ya me sumen en letargo.

¿Qué vaga por los cielos de zafiro?
Veo grandes claveles de escarlata.
Los astros son diamantes de suspiro.
Todo reluce en vaporosa plata.

De rostros se embellecen los balcones.
De los balcones sale melodía.
¡Oh! los balcones y los corazones
Y el viejo piano y la melancolía!

Tiemblan en vago vértigo mis venas.
En la noche de mística dulzura,
Mi carne es de vibrantes azucenas.
Gozo feliz la sideral blancura,

Y olvido la tristeza solitaria
De mi obscuro destino; tiernamente
Me vuelvo cosa pura y legendaria,
Bajo la inmensidad resplandeciente,

Y del lánguido azur, lleno de aroma,
Vislumbro la divina inteligencia.
La luna como vívida paloma
De iris, duerme en su magnificencia,

Y los jazmines me hablan en la brisa
De las amadas trémulas de amores.
Suena, tras frondas plácidas, la risa
Maravillosa de los surtidores...

La divina culpa

Dios mío, las estrellas me hacen gemir de amor,
La vislumbre escarlata de un lejano poniente
Y el temblor de las brisas del estío en mi frente
Me sumen en la gloria de mi cielo interior,

Y mis lágrimas caen cual pétalos de flor
Que manos eternales deshojan dulcemente,
Esa es mi culpa. Sufro por ella inmensamente.
Bajo mis pies la tierra danza y quema, Señor.

Defiéndeme sin tregua de los pravos leones
Del Mal, hasta que pueda marchar sobre la tierra
Como sobre las llamas de las constelaciones.

Ante el mundo y los hombres, un ímpetu se afera
En mí, vasto de cólera celeste. Muevo en guerra
El flamígero acero de tus santas legiones.

La venganza del ruiseñor

Un meloso ruiseñor
Seré en noche azul de estío.
Seré un ruiseñor de amor,
Trémulo como el rocío.

De los que me hicieron mal
Yo querré tomar venganza.
Vengativo y fraternal,
Les cantaré una romanza.

¡Oh romanza en el balcón
Melancólico de luna,
De los que sin corazón
Destrozaron mi fortuna!

Tenebroso de impiedad,
Les agravaré el tormento,
Confiando a la claridad
De la noche azul, sin viento,

(Tendrá mi voz, voz de luz,
Pérfido temblor celeste)
Que es inexorable cruz
Mi vivir de alado agreste.

Que es amargo mi vivir,
Y que triste los perdono.
¿No tendremos que morir?
El perdón es como un trono.

Y después derramaré
En mi encanto la dulzura
De lo que es y lo que fué,
El olvido y la hermosura,

Los hechizos de la mar
Y los claros mundos de oro
Vibrarán en mi cantar,
Cantar trémulo de lloro.

Tanto el corazón febril
De los que me hicieron daño
Alaré de paz sutil
Y de melodioso engaño,

Que sufrirán un horror
Frío como el pensamiento
Traspasado del dolor
Del vano arrepentimiento.

¡Oh dulzuras infernales
Del gorjeo de cristal
En que vibrarán fatales
Todo el bien y todo el mal!

Los taimados, al dormir,
No tendrán un sueño tierno,
Pues, soñando habrán de oir
Que el mal hecho es mal eterno.

Y en un cielo de candor
Y luceros musicales,
Verán como, vuelto flor
De fulgores siderales,

Vuela, ciego, un ruiseñor.

Coloquio con mi pipa

En las místicas noches invernales
Pipa, amorosamente me acompañas.
Bajo las altas luces siderales
La tuya, humilde, dora en mis pestañas,
El llanto. Somos, pipa, fraternales.

El rubí susurrante de tu fuego
Murmura deshaciéndose en perfume:
Serás mañana eternamente ciego.
De tu destino la verdad asume
Mi ardor que muere: fuma con sosiego.

Y en la senda del parque más secreta
Pipa, sonríes dulcemente. Adoro
Tu callada sonrisa de poeta,
Luciente en chispas de granate y oro,
Las noches que embalsama la violeta.

El blando beso de la amada ausente
Me das en la difusa bocanada.
Marcho, como un sopor resplandeciente,
Arrojando los besos de la amada.
El frío me hace dar diente con diente.

Cálida y pequeñuela en el bolsillo
Te guardo luego; mi aterida mano
Calientas como un dulce geniecillo.
Fulgen las orbes del azur lejano.
En sombra, pipa, se tornó tu brillo.

—Hojas muertas esmaltan el sendero
Blanco de luna.—El universo triste
Simboliza tu efímero brasero,
Es humo, pipa, todo lo que existe.
El mundo pasa como un pasajero.

Pipa de guindo y cuerno, pipa mía,
Bajo los éxtasis de las estrellas,
Tornas en sueño mi melancolía.
Más lágrimas lloré que todas ellas.
Mancha mi mano tu ceniza fría...

Prodigios de la esperanza

Quién renace en el gélido camino?
¿Por qué las tumbas son como el gorjeo
Y como suave día cristalino
Los tenebrosos reinos de Morfeo?

—Sonríe un puro sonreír divino
La Esperanza; su idioma de aleteo
Y milagroso címbalo argentino
Escucho. Bella y pálida la veo.

—¿Vaga vestida de sereno verde?
—Sí: los follajes de la primavera
Cubren su cuerpo, las primaverales

Auras palpitan en su cabellera,
En que el hechizo de la luz se pierde,
Y te miran sus ojos inmortales.

Mi dulce muerte

Yo muero de dolor y sed de amor,
Bajo los resplandores siderales,
Escucho claras voces inmortales,
Mi sangre es de viviente resplandor.

Muero de sed de amor y de dolor.
En las doradas aguas musicales,
Y en las ocultas liras vegetales
Del viento, muero en inefable amor.

Bajo el nítido encanto

Luna invernal irisa los cristales
De las ventanas. Eter de azucena,
En vago azur, difunden la serena
Luna y los claros fuegos siderales.

De nácar son los muros habituales
Y las flores amigas de mi pena.
Bajo argentina luz de luna llena,
Gozo aromas de rosas y de sales.

Así, perdido en el albor difuso,
Me siento mármol y en la vida sueño,
Sueño en la amarga vida que viví.

Y en este mundo en que divago intruso
Y en mi sordo silencio zahareño
Y en el ángel dormido que hay en mí.

Tinieblas santas

En la cálida noche transparente
Murmura un sacro espíritu de lloro.
Arde en brasas flamígeras mi frente,
Bajo los cielos de alabastro y oro.

A Dios cual beso trémulo se siente.
Entre los negros árboles en coro,
Reposa muda, en su blancor, la fuente.
Todo es silencio; lo demás ignoro.

Todo es silencio y sideral olvido.
¿Soy, noche santa? ¿Alguna vez he sido
Acaso? Ante el misterio que me oprime,

Como una melodía me difundo
En la sagrada música del mundo,
Enmudecido en estupor sublime.

Fuente solitaria

Cae el sol entre nubes de esmeralda.
Los soñolientos plátanos se doran.
¡Oh los plátanos verdes en Octubre,
Las quietas calles y las mariposas!

¿Qué júbilo de suaves cascabeles
De plata vibra en la indolente brisa?
La hiedra cubre los altivos muros
Señoriales. Un ave ignota trina.

Y, tras glorieta de dormidas rosas,
Fuente invisible llora atormentada.
Bajo el oro del sol en agonía
Llora la vieja fuente solitaria.

Nostálgico, junto al fuego

Murmuras claro fuego como un párvulo en sueños;
Tus llamas carmesíes
Abren, fascinadoras, en los cálidos leños
Irritados rubíes.

Por los muros cubiertos de retratos queridos
Tu viva incandescencia
Pinta de oro muriente rostros descoloridos.
Sufro males de ausencia.

¡Cuán grato me eres fuego con tu llama sonora
De azur y de rubor!
Mientras el viento lúgubre en la ventana llora
Sueño a tu resplandor.

Y escucho cantos de remotos mares.
La luna sus querellas
Dice a las olas, olas de azahares
Y lágrimas de estrellas.

Tendida en su caverna procelaria,
Entre ásperos delfines,
Contempla una sirena solitaria
Los trémulos confines.

Teje lotos y perlas. Taciturno,
El ântro en sus destellos
La aureola de fósforo nocturno;
Son de ámbar sus cabellos.

El magnético azul de los lejanos
Mundos brilla en las gemas
Con que adornan, letárgicas, sus manos
Las húmedas diademas.

Por cada amante muerto, una guirnalda
Arroja al mar sonoro
De melodiosas liras de esmeralda,
Bajo la noche de oro.

Voces de antiguos navegantes muertos
Cruzan la marfileña
Vastedad de los ámbitos desiertos,
La clara noche sueña.

Melancolía del rosedal

Gimen violines en la lejanía...
Sobre el césped verdísimo las rosas
Fulguran como llamas tenebrosas.
¡Oh las rosas y el alma en agonía,

Entre los fuegos últimos del día!
Arden en oro místico las cosas.
Por las calladas sendas olorosas
Un no sé qué de muerte me extasía.

Engolado de azur, vibrando gemas,
Su cauda de pupilas de visiones
Abre un pavo real. El sideral

Misterio llora lágrimas supremas.
Bajo el fulgor de las constelaciones,
Me adormece de olvido el rosedal.

Más allá de los cielos

Amemos, olvidemos, perdonemos.
El odio diviniza bajamente,
Como sagrada antorcha incandescente,
Ilumina los éxtasis supremos

El amor, perdonemos, olvidemos,
El horrible Caín es inocente.
Dios nos contempla; su infinita mente
Tornada en astros en la noche vemos.

Amor hacia el dolor, hacia el horror
De la muerte inmortal que nos apaga
Y nos convierte en sacro resplandor,

Ante el pánico mal, que ciego vaga
Y la razón que atónita naufraga,
Piden las llamas del divino amor.

Pasa un cochecito fúnebre

En la rosada llama del poniente
Se aleja el albo cochecito fúnebre,
Entre una incierta polvareda de oro.
La Cruz del Sur en el espacio inánime,

Casi nocturno, temblorosa, alumbra
Sus cuatro puros fuegos inmortales.
Frondosos eucaliptos se estremecen,
Cual verdinegras nubes gemidoras,
Bajo el roce titánico del viento.
El ámbito en azur se cristaliza,
Maravilloso y trémulo de frío...
Quizás, arcángel de pureza eterna,
Bajo coronas de nevadas flores,
En tu blanco ataúd, con invisible
Sonrisa te sonríes; el inmenso
Drama de las pasiones y la duda
Tú no sufriste, ni a la sorda tierra
Pediste amor, ni en la implacable muerte
Pensaste, muertecito solitario.
Acariciaron besos tus mejillas
Y ¡oh las horas postreras en el féretro!
Sobre tus leves párpados plegados
Cayó un rocío celestial de lágrimas,
De los ardientes ojos maternales.
Venido del misterio en el misterio
Te extingues, cual estrella matutina,

En la blancura sideral del alba.
Eres un santo enigma taciturno,
Párvulo muerto del pequeño coche
Perdido en el crepúsculo sublime.

El mármol nocturno

Un solitario efebo de mármol entre flores
Destaca su nerviosa desnudez: en la frente
Amplísima, en el cuello taurino, crudamente,
La fantástica sangre del sol cuaja en fulgores.

Vibra el mármol un ímpetu de tormentoso vuelo...
Los grandes ojos blancos de torturado augur
Interrogan extáticos el flamígero cielo.
¡Oh el frenesí del mármol bajo el sublime azur!

El véspero tinieblas invasoras dilata.
Fragante sombra mística llena la inmensidad.
¡El mármol sueña bajo claridades de plata,
Circundado de mundos, ebrio de eternidad!

Palmas siderales

La noche tiene un corazón luctuoso
En que laten las lágrimas del mundo
La noche en su silencio prodigioso
Sueña en el caos y en el gemebundo

Día terrible del final reposo.
Amo la noche yo, meditabundo.
En mis pupilas su fulgor medroso
Riela un presagio místico y profundo.

Hacia tus soledades, noche eterna,
Donde es la libertad claro sosiego
Mi fe su vuelo sideral gobierna,

Con celeste dolor por atavío,
Y halla en la luz de tu incesante fuego
Palmas de misterioso poderío.

La Nochebuena de los huérfanos

a Juan Carlos Dei Giudice

Señor de mis silencios, Padre mío que adoro,
—Océano de soles brilla en la noche de oro—
Bajo diáfana atmósfera reposa el mundo terso.
Mis pupilas reflejan el ardiente Universo.

La noche es clara imagen de amor de lo que fuí
En tu seno celeste. Renaces, Padre, en mí
Ahora como un viento de aromas, como el ruego
De un arcángel de llamas. Corre en mis venas fuego
Y azur. Sobre la tierra trémula de blancura
Lunar, descanso inerte cual fúnebre escultura.
En vahos invisibles se pierden mis sentidos.
El seno del planeta, crispado de latidos,
Me siente. A los destellos temblantes de la luna,
La máquina del orbe solitario me acuna.
No soy hombre. Carezco de orígenes, carezco
De fines y deseos, soy del capullo fresco,
Del dolor, de las sombras, del enigma infinito,
Un hermano supremo. Padre, por tí palpito.
Hacia el sol adorado tiende la triste llama.
De los cuatro horizontes del Cosmos se derrama
El misterio en mi pecho. Cual índice sublime,
Mi mente, blanda cera, tu inmensidad oprime.
En tu presencia escucho mis santas energías.
Vibran, liras aladas de oro, en las lejanías
De lo creado. Padre, bajo tu inmensidad,
Soy una blanca estatua de blanca eternidad!

El humano al humano, satánico, asesina.
Olvida el hombre fiera la enseñanza divina:

«Amaos cual si fuerais hermanos». El planeta
Huella Luzbel. La casa de la Verdad se agrieta
Reverberos horribles hienden la lontananza.
El orbe es hoy un ara de crimen y matanza.
Cadáver entre cuervos, se pudre el Ideal.
El Mal en las tinieblas nos vigila inmortal.

Señor, sé que los crímenes retoñan en castigo.
El dolor es la insignia de quien marcha contigo.
Los tremendos horrores que nos dañan ahora.
Se tornarán celajes de oro en futura aurora.
Quien sufre ve el reflejo del infinito vivo.
Hoy te llevamos, Padre, como un astro cautivo.
Este caos de crímenes tu inefable sapiencia
Sólo puede juzgarlo. Nos ciega la violencia
En tu suma justicia nuestra razón inicia.
Hoy no somos capaces de verdad y justicia.
Humanos a tu arbitrio sublime resignemos
El fiel inexorable de los juicios supremos.
¡A las coronas trágicas, a las tiaras dementes,
A las manos sacrílegas, a las lenguas serpientes,
Excelso rey del hombre, de la espiga y del buey,
Asesta los flamígeros lanzazos de tu Ley!
Que la Espantosa Bestia, Señor, vencida expire.
Que en las blancas alturas iluminada gire

La Tierra fragantísima, la tierra toda incienso
De amor, entre los júbilos del vivo espacio inmenso.
Que las razas execren su antaño de amenaza
Y muerte, convertidas en una sola raza.
Que el Universo sea jardín de amor en flor
Bajo las primaveras de tu gloria, Señor!

Quien muere en el silencio sublime se aniquila,
Mas, péndulo del Cosmos, eternamente oscila,
Vive en lo santo puro, palpa lo bello cierto,
El espíritu eterno de la carne que ha muerto.
Al rozarlos las alas de las inmensidades,
Se tornan los cadáveres en pías claridades.
Quien a un muerto querido recuerda, lo divisa
Transfigurado en éter, ser de luz y sonrisa,
Más allá de las tumbas del sangriento holocausto
Quien llora a un bienamado de pena queda exhausto.
La queja de los ángeles solamente es obscura
Y sacrílega. Padre, sobre la tierra impura,
Los ángeles encarnan en los rosados niños.
Nuestra podre por ellos vale luces y armiños
Celestes. En un niño que sonríe sonríes.
Tú edificas estrellas, él recoge alelíes.

En tu viaje invisible por la materia humana
Hacia el azur, irradia tu voluntad arcana.
Nos ungen tus fulgores de sacra esplendidez
Cuando en nosotros ríe, mística, la niñez.
Hoy envuelven los párvulos pañales de tristeza.
La infancia gime atónita, desesperada reza.
Por sus pupilas pasan visiones espectrales,
Panoramas de infierno, rojos seres fatales...
El dolor de los ángeles los mundos envenena.
Padre: tú fuiste niño también la Nochebuena.
Los vahos de la tierra por tu carne pasaron.
Cuando naciste estrellas y monarcas temblaron.
Marchaban los pastores por la azul lejanía.
En los montes lejanos la nieve relucía.
Un establo perdido te envolvió en su fragancia,
Los astros de Judea contemplaron tu infancia.
Hacedor inefable que sufriste en la Cruz,
Son los niños las rosas de tus prados de luz...

Vibra la inmensa noche de estío, solitaria.
En sus entrañas de ébano palpita mi plegaria.
Por escalas de soles de diamante y rubí
Flamígero mis preces se elevan hacia tí.

Señor, pienso en los huérfanos que gimen en la tierra
Toda, en todos los huérfanos que produjo la guerra.
Los veo adormecidos, demacrados, rendidos.
Sueñan; dora una lágrima sus párpados caídos.
Ven al padre adorado que partió una mañana
En la fresca mañana sonaba una campana
Estrepitosa. Pasan por sus ojos visiones.
Bajo el fuego sublime de las constelaciones
Todas del Universo las miradas extiendo.
En la selva indostánica bajo el cielo tremendo
De horror, en las llanuras del frío Canadá,
En las blancas estepas por donde el alce va,
En los valles que irriga, luminoso, el Danubio,
En los verdes viñedos del teutón, en el rubio
Prodigio de los días de la tierra del Sena,
En las ánglicas brumas, en la Italia serena,
Veo niños dormidos entre sombras de muerte...
El odio que al adulto, maléfico, pervierte
El huérfano lo ignora. La nueva Humanidad
Clama, niño sonámbulo de amor: ¡Fraternidad!
Por el dolor unidos, sin mentiras rivales,
Forjarán los futuros los evos fraternales.
Son los niños que duermen, mientras mi labio canta,

Del porvenir augusto la levadura santa.
Hollamos cementerios, tras los rojos confines
Del tiempo verán ellos balsámicos jardines.
Señor, llueve en sus almas tu pía luz serena.
Cuando esparza sus sombras de amor la Nochebuena
Sobre el mundo manchado de oprobio, tu dulzura
Llueve sobre sus frentes que sella la amargura.
Mientras truene a lo lejos, el cañón homicida,
Envía tus arcángeles a bendecir la vida.
Portadores de júbilo, portadores de palmas
De luz, hermanos suaves de las pueriles almas,
Decoren tus arcángeles de rosas de alegría
Y aroma inmarcesible toda cuna sombría
En que un párvulo duerma, blando el brazo caído,
El rostro entre las claras holandas escondido
Que el huérfano vislumbre, soñando, en la pureza
Nocturna, lejanías de increada belleza.
Países fabulosos de fantasmas divinos,
De árboles de fulgores, con magnéticos trinos.
Mientras, ronca, las sombras estremezca la guerra,
La sonrisa inocente sublimará la tierra.
En sus sordas entrañas nuestro planeta obscuro
Sentirá un ungimiento lustral. El cielo puro

Será un inmenso olvido. Calladas bendiciones
Exhalarán las cosas. Ardientes aquilones
De júbilo supremo recorrerán los mares...
Señor que tus arcángeles cubiertos de azahares
Desciendan amorosos del sublime retiro
De mundos inflamados que palpitante miro.
Que al sonar las campanas de la nocturna misa
Los labios de los huérfanos florezcan en sonrisa,
Y el Universo en éxtasis se vuelva inmenso grito
De paz en el delirio de amor del Infinito.
Que el huérfano te escuche, que el huérfano te vea
La santa Nochebuena, Divino Padre. Sea.

Diciembre de 1916

El divino viajero

En ocaso de llamas y violetas
Sonríe el sol magnificencias de oro,
¡Oh sonrisas del sol! puro tesoro
Del cielo y de mis lágrimas secretas.

•

La inmensidad dorada se zafira.
Llega el divino espíritu nocturno,
La noche y mi silencio taciturno
Se aman como los dedos y la lira.

¿Cuál es el sueño que en mi sien se oprime?
Yo dormiré, mientras el sol hermano
Vague, de ocho planetas soberano,
Entre las sombras del horror sublime,

Veré en sueños de nuevo mis dolores.
El irá por las negras soledades,
Enrojeciendo antípodas ciudades,
Nutricio a las espigas y las flores.

Y me despertará, tierno, mañana,
Su luz que sobre el águila rutila
Llenará de quimeras mi pupila
Al inflamar piadosa mí ventana.

Hermano dulce hermano en bella aurora
De ardor primaveral no podré verte.
Divino en los imperios de la muerte
Seré como tu luz que me enamora

Y tendré tu poder sobre arreboles
Eternos, en los cielos errabundos
Del más allá despertaré los mundos.
Seré un gran sol entre invisibles soles.

Sueña la vasta noche de turquesa.
La luna un día misterioso llueve
De azur sedeño y funeraria nieve.
La brisa melancólica me besa,

Y son los astros dulces corazones
De infinitos espíritus de llama,
Sobre mi corazón que se derrama
Centelleante de constelaciones.

La muerte del recuerdo

Sueño en los sueños del antaño incierto..
—Las cruces en el fúnebre recinto
Radian entre vapores de oro muerto.—
Sueño en la fe sagrada del instinto

Que me lleva por trágico desierto,
Cantando. Sueño en el dolor extinto.
Ya las densas magnolias se han abierto.
Pálido brilla el cielo de jacinto.

Y todo se hace en mí melancolía.
Un recuerdo me trajo al cementerio.
En vano sueño en el ayer, en vano.

Mi ayer, cual barca en la corriente impía
De caudalosas aguas de misterio,
Se pierde obscuro, informe, en lo lejano.

21 de marzo

Sangra el otoño en cielos de violeta
¡Oh bello día, corazón del año!
Melancólica gira la veleta.
Caen las hojas como un dulce engaño.

Y el viento de las horas vespertinas
Las arrastra cual lágrimas de oro.
El estío llevóse su tesoro
Postrero en un volar de golondrinas.

Entristecen los pálidos mendigos
Y el chirriar de los lustrosos rieles.
Vendrán las noches largas y crueles
Al soñador errante sin amigos,

Que pensará bajo los astros puros
En el amor de la ilusoria amante,
Y envuelto en claridades de diamante
Escuchará gemir los blancos muros,

Y en la ciudad, en que la luna llueve,
Hechizada de luces la pupila,
Verá una selva mágica que oscila
Maravillosamente hecha de nieve.

Murmura la oración, suave, en campana
Lejanísima. Lleva mis pesares
El bronce hacia el azur. Crepusculares
Nubes sonríen con sonrisa humana.

Todo es vago, indistinto. La difusa
Sombra nocturna me habla de los muertos.
Cual brasa enorme sus rubíes yertos.
El sol oculta ante la luna intrusa.

Marcho ignoto entre el mar indiferente
De las obscuras turbas. Tras cristales
Simulan gruesas bayas otoñales
Racimos de esmeralda transparente.

Un piano suena en vana melodía.
Por los muros divino albor resbala.
Vaho de estío, a mi pasar, exhala
Enorme tiesto en una florería.

Aletean los globos luminosos
De las lámparas. Trémulos malvones
Enrojecen el césped. Mis visiones
La Eternidad asaltan cual molosos.

Y junto a un mármol de ideal sonrisa
Se aquietan, palpitantes de cariños
En ronda estrepitosa cantan niños,
Bajo la luna entre hálitos de brisa.

Me alejo. Abren angustias de cantar
En mi interior dulcísimo retoño.
La lánguida ternura del otoño
Me embarga. Ruge la ciudad cual mar.

Canción en la noche

Canción de frescos labios italianos
Suena en la noche mágica de Julio.
Canción de amores y de obscuras góndolas
Suena bajo el celeste plenilunio.

El tic tac del reloj, frío me enerva.
Siento mi corazón hecho de música.
¡Oh brisas melancólicas del Lido.
Playas divinas bajo el sol de púrpura...!

Veo antifaces, oigo bandolines.
Un volar de palomas legendarias
Mira Arlequín. La sombra en los canales
Se adormece entre mármoles y llamas.

La canción melodiosa en lo lejano
Se pierde como un llanto en la tiniebla
Azul que argenta la piadosa luna...
Sueño en los carnavales de Venecia.

El cetro oculto

Pasa, breve, la vida pasajera.
El dolor, cual terrible sagitario,
Nos hostiga. La nada nos espera.
Todo lo envuelve el sideral sudario

Del no ser, mas la pía certidumbre
De lo infinito en nuestro pecho canta,
Mística alondra de sublime lumbre
Rasga los velos de la noche santa.

En claras rotaciones de armonía
Muévese el tiempo; el tenebroso mundo
Flota en la llama trémula del día
Vibrando en iris, nítido y jocundo.

Más puro que arcangélica diadema,
Fulgurante misterio se dilata,
Por donde alumbran en visión suprema,
Los astros sus polígonos de plata.

Dominando los seres y las cosas
Avasalla el espíritu al destino.
Las trágicas pupilas tenebrosas
Medusa rinde a su poder divino.

En el mundo agonal la opaca duda
En letárgico tedio se convierte.
La virgen voluntad vaga desnuda,
Vencedora del odio y de la muerte.

Esta voz sale de las claridades
Eternas: ¡Eres! ¡Hombre Dios, aspira!
En tí resuenan las eternidades
Como los puros vientos en la lira.

El muerto poema

Yo querría una noche celeste y perfumada,
En silenciosa estancia de muros de rubí,
Que poblaran los sueños amorosos de un hada,
Sentado a una gran mesa de coral carmesí,

Toda de enormes gemas flamígeras ornada,
A la luz de una luna de verano turquí,
Y con mis verdes ojos perdidos en la nada,
Escribir el divino poema muerto en mí.

Mis pies descansarían en alfombra de rosas
Y sedas con figuras de bestias fabulosas.
Yo olvidaría todo lo que fuera mi yo.

Yo vestido de púrpuras, cual monarca jocundo,
Sería en mi delirio la alegría del mundo,
Escribiendo el poema que el mundo me robó.

Campanas bajo las constelaciones

Sonad! ¡sonad! campanas solitarias,
Arcángeles terribles en la obscura
Noche, soy todo mística blancura,
Bajo las soledades planetarias,

Dan al azur incienso mis plegarias
De amor indescriptible y mi ternura
En inmortales almas transfigura
El fuego de oro de los mundos parias.

¡Sonad! y a los eternos corazones
De las estrellas conducid la pena
Del corazón más puro que azucena,

Y la mirada, inmensa de visiones
Ante el misterio que en vosotras suena,
Campanas bajo las constelaciones.

La mascarilla

Ví la mascarilla de color de herrumbre.
—Ardían las boyas del obscuro estuario—
En el yeso antiguo vibraban en lumbre
Arcana, destellos de sol funerario,

Flotantes en sombras de invisibles cielos.
La niña difunta que lejana muerte
Quitara a este suelo de llantos y duelos
Mostraba en la imagen su sonrisa inerte.

Vuelve a mi recuerdo la visión. El mundo
Flota en el acaso divino. La tierna
Vida disipada pudo ser. Profundo
Corre el negro río de la causa eterna.

Semeja un espíritu la noche azulada.
El viento con voces de sueño palpita.
Sondea la nada mi angustia sagrada.
¡Oh! azar omnisciente de saña infinita

Que nos da la vida, que nos trueca en nada...

El vago parque de una fantasía

Cunden risas de niños en el parque violeta.
Las estrellas alumbran pálidos fuegos de oro,
Tras los obscuros árboles y canta el suave coro
De los pájaros... Sueño, taciturno poeta,

En la ideal dulzura de mi pena secreta.
Erige vivos nácares un surtidor sonoro
Entre sombras turquíes, abismando en su lloro
El paisaje irisado cual un muerto planeta.

Melancólica nieve la pía luna llueve.
Mis sentidos se cuajan de blancos esplendores.
Me lisonjea el alma cual fraternal augur.

Y, tornado en estatua de quimérica nieve,
Florecen en mi pecho maravillosas flores,
Y mis ojos naufragan en vértigos de azur.

Por la pía calleja solitaria

En el umbral de la casuca blanca,
Blanca de luna, en la calleja triste,
Dos niñitas de traje sonrosado
Cantan... ¡Oh canto trémulo de amor!

La madreselva en los antiguos muros
Es tapiz tembloroso de esmeraldas.
Huele, nupcial, un limonero lánguido.
Marte destella en el opaco azur.

Las dos blancas niñitas melodiosas
En el umbral sentadas son de nácar.
Acurrucadas cual dos bellos ángeles.
Tienen manos de lágrimas y luz.

Por la pía calleja solitaria
Marcho meditabundo entre jardines.
Recuerdo cosas del ayer extinto.
Lejana suena la canción pueril...

La última noche azul

Deseo un lecho de marfil y plata,
Bajo cortinas en que tiemblen rosas,
Y en el azur el párpado escarlata
De Marte y soledades silenciosas,

Al exhalar llorando, mi suspiro
Postrero. Todos los humanos males
Tendré en pálida copa de zafiro
Cubierta de azucenas inmortales.

Volarán los arcángeles callados
Sobre mi cuerpo blanco de agonía.
Mis adustos sentidos olvidados
Se volverán eterna melodía.

Y beberé en la copa transparente
El terrible licor hasta la gota
Ultima, y seré carne que no siente
Y espíritu de amor en calma ignota.

Y volaré por el espacio puro,
Sin lágrimas, sin gesto, sin sonrisa,
Más allá del pasado y del futuro,
Y envolveré los astros como brisa.

Y la Belleza infundirá a mis sienes
Pías su inmarcesible claridad,
Y cantaré tus inefables bienes,
Eternamente, madre, Eternidad.

Indice

Trabajaron en la impresión de este libro, los obreros, Pablo Calderón, Ruggiero y Antonio Paolillo, y José Cano.